

CONSULTORIO FILOLOGICO *

En el Diccionario de la Academia hay un artículo que dice así:
«**SECUANO.** *Dícese del individuo de un pueblo de la Galia Transalpina que habitó antiguamente en el territorio comprendido entre el Secuana, hoy Saona, el Ródano y el Rin*».

Creo que aquí hay más de un error que conviene corregir.

César, en el cap. I de los Comentarios de Bello Gallico, dice:
«*Gallos ab Aquitanis Garumna flumen, a Belgis Matrona et Sequana dividit*: a los Galos separa de los Aquitanos el río Garona, de los Belgas el Marne y el Sena».

Hay buenos latinistas, poco cuidadosos de la prosodia, que pronuncian Matrona y Sequana como palabras graves, pero este es un feo vicio que debe corregirse, como debe corregirse el de la Academia. La *a* de la sílaba media de la palabra *Sequãna* es breve, como lo es la *o* de *Matrõna*, y, por consiguiente, esos dos vocablos son esdrújulos y deben pronunciarse como tales: *Mátrona* y *Séquana*. Y lo mismo el derivado *Séquani* los Sécuanos, no Secuanos, que es grave disparate.

Otro error es decir que el *Sequãna* es hoy *Saona*. Ni hoy, ni ayer, ni nunca, ha sido *Saona* el *Séquana*. De *Sequana*, si fuera palabra grave, vendría, conforme a la fonética francesa, *Segane* como de *aequalem* viene *égal*, esp. igual.

Pero de *Séquana* viene, fonéticamente, *Secna*, por síncope de la sílaba media, y luego, por el cambio de la *c* en *i*, *Seine*, *Sena*. Este cambio en ciertas condiciones es normal; así: *fait* de *factum*, *hecho*: *lait* de *lacte*, *leche*, y otros muchos.

* Con gusto ofrecemos a nuestros lectores unos artículos del eminente catedrático D. Eustaquio Echaury, nuevamente ordenados y retocados, en los que, sin hacer alarde de sus profundos conocimientos filológicos, se enfrenta en forma sencilla con serios problemas de actualidad lingüística.—(N. de la R.).

De manera que de *Séquana* viene el Sena, *la Seine* en francés, como de *Mátrona* viene *la Marne*, en español *el Marne*, que no sé por qué razón conserva la *e* francesa en lugar de decir *el Marna*, como se dice el Sena, el Garona, el Mosa, el Mosela, el Vístula, el Elba, el Volga y tantos otros. Pero el Marne ya no se cambia en Marna, mucho menos después de la famosa batalla de la primera guerra mundial.

El *Sequana* no es, pues, el Saona, sino el Sena. El *Saona* es en latín clásico *Arar*. Así lo llama Julio César en de Bello Gallico: «*flumen est Arar incredibili lenitate*: el Saona es un río de increíble lentitud», tanta, añade César, «que con los ojos no puede juzgarse hacia cuál de las dos partes fluye».

Arar llama también al Saona Virgilio en una de sus églogas, cuando dice:

Aut Ararim Parthus bibet aut Germania Tigrim: beberá el Parto en aguas del Saona o el Germano las del Tigris.

De modo que *Séquana* es el Sena y *Saona* se dice en latín *Arar*. ¿Se queda, pues, sin nombre del cual pueda derivarse el nombre de Saona? No. Saona es en galo *Saucona*, nombre que en sumerio *Saukona* significa corriente de agua grande, o *Sa-ona*, corriente grande.

En resolución, *Séquana* es el Sena, *Mátrona* el Marne y el galo *Saucona* el Saona. El clásico *Arar*, *-is* de César y Virgilio no tiene sucesión.

Las dos *aes* de *Arar* son breves, como se ve en el citado hexámetro virgiliano, cuyo primer pie, *Aut Ara*, es un dáctilo, que consta de una sílaba larga y dos breves.

Ararim es, por tanto, un esdrújulo, como *árabe*, y no debe pronunciarse *Arárim*.

2. Formación de los verbales en *-ción*.

Me escribe un señor preguntándome «si los substantivos terminados con el sufijo *-ción*, como *succión*, por ejemplo, se forman agregando dicha terminación a la raíz del infinitivo correspondiente o al participio. Mis superficiales conocimientos en letras —dice— no me permiten resolver esas dudas, principalmente en lo referente al empleo de la doble *c*. Algunos de ellos no ofrecen complicaciones; por ejemplo: *redacción* o *infección*; pero, en cambio, otros se pres-

tan a confusiones. Así, por ejemplo: ¿Por qué de *ungir* sale *unción* y de *fingir*, *ficción*? ¿Por qué *micción* no proviene de *mezclar* o del adjetivo *mixto*?»

Voy a responder brevemente a dicho señor:

Los substantivos en *-ción* como los análogos en *-cción*, *-sión*, *-stión*, *-xtión*, por ejemplo, *acción*, *cesión*, *gestión*, *mixtión*, nombres femeninos que indican la acción del verbo, como los nombres masculinos en *-dor* o *-tor*, *-sor*, *-stor*, que indican el agente (*orador*, *rector*, *asesor*, *cuestor*), se derivan no del infinitivo, sino del participio de pretérito del verbo correspondiente, participio que termina en *-tus*, *-ctus*, *-sus*, *-xtus*: *ora-tus*, *lectus*, *divisus*, *gestus*, *mixtus*. Para formar el femenino la *t* latina ante *i* se convierte en *c* en español si no la precede *s* o *x*: *oratio*, oración; *lectio*, lección; *mixtio*, mixtion. Tanto los verbales en *-tor*, como los en *-ción* se forman muchas veces de participios irregulares, aunque existen también los regulares: *abstraer*, *abstraído*, *abstracto*, *abstracción*: *afligir*, *afligido*, *aflicto*, *aflicción*: *atender*, *atendido*, *atento*, *atención*: *benedicir*, *bendecido*, *bendito*, *bendición*: *convencer*, *convencido*, *convicto*, *convicción*: *eximir*, *eximido*, *exento*, *exención*; *extinguir*, *extinguido*, *extinto*, *extinción*: *oprimir*, *oprimido*, *opreso*, *opresión*: *presumir*, *presumido*, *presunto*, *presunción*: *substituir*, *substituido*, *substituto*, *substitución*, etcétera.

Otras veces se forman del participio latino: *cocer*, *cocido*, *coctus*, *cocción* (*bis coctus*, bizcocho, dos veces cocido): *instituir*, *instituido*, *institutus*, *institución*: *restituir*, *restituido*, *restitutus*, *restitución*, etcétera.

Muchas veces falta en español el verbo del que se deriva el participio latino: *conterere*, *contritus*, *contricción*: *agere*, *actus*, *acto*, *actor*, *acción*: *redigere*, *redactus*, *redactar*, *redactor*, *redacción*: *inficere*, *infectus*, *infectar*, *infección*: *loquor*, *locutus*, *locución*.

Puesto que la mayor dificultad está, según el señor X, en el empleo del sufijo *-cción*, le diré que ese sufijo se da en los verbos terminados en *-cer*, *-ger*, *-gir*, si a la *c* o *g* no precede *l*, *r* o *n*.

Así, *redacción*, de *redactus*, participio de *redagere*, compuesto de *red* y *agere* vendría en español del verbo *redigir*, que no existe; pero existe el verbo *exigir*, compuesto de *ex* y *agere*, de cuyo participio *ex-actus* salen los substantivos verbales *exactor*, *exacción*. Y si no existe en español el verbo *redigir* o *rediger*, pero tenemos

su derivado *redactar*. Lo mismo sucede con *infecer*, compuesto (que no existe) de *in* y *facere* del cual se deriva *infectar*.

¿Por qué de *ungir* sale *unción*, pregunta el señor X? Porque el verbo latino *ungere* tiene el participio *unctus* (la *c* ante la *t* se convierte en *c*) y de aquí *unctio*; pero en español desaparece la *c* entre *n* y *t* y queda *untión*, que luego se convierte en *unción*. Lo mismo sucede con *ficción*, de *ingere*, participio *fictus*. Respecto de *micción*, le diré que viene de *ingere*, *mictus*, orinar, que nada tiene que ver con *mezclar*, derivado de *miscere*, participio *mistus* o *mixtus*, de donde procede *mistión* o *mixtión*, mezcla. *Convención* viene del participio *con-venire*, *conventus*. De *convicción* ya se habló antes.

También tienen el participio en *ctus*, *traho*, y sus compuestos. *tractus*, *attractus*, etc., de donde *tracción*, *atracción*, etc.; y los compuestos del latino *struere*: *construir*, *destruir*, *instruir*, *constructus*. *construcción*, etc.

3. Psiquiatría, pediatría, geriatría.

Hay algunos términos griegos muy usados en estos tiempos.

Empecemos por el vocablo *psiquiatría*. ¿Está bien formado? Lo está ciertamente. *Psiquiatría*, de *ψυχή* alma, y *ἄτρεία*, curación, dice el Diccionario de la Academia, es «la ciencia que trata de las enfermedades mentales». Pero la Academia, se equivoca al dar la etimología. *Psiquiatría* es palabra compuesta de *ψυχή*, alma, y no *ἄτρεία*, sino *ἰατρεία*, curación. Probablemente será una errata *ἄτρεία* por *ἰατρεία*.

Así también está formada la palabra *pediatría*, de *παῖς*, *παιδός*, niño, e *ἰατρεία*; de manera que *pediatría* significa medicina de los niños.

Ahora ha salido otro término médico de la misma clase: *geriatría*, de *γέρων*, viejo, anciano, e *ἰατρία*, medicina de los viejos.

Geriatría es un vocablo bien formado, pero hay que tener cuidado de no intercalar una *r* entre la *a* y la *t*, diciendo, como dicen algunos, *ger-iartría*, que es un gran barbarismo, como lo sería decir *psiquiartría* y *pediartría* en lugar de *psiquiatría* y *pediatría*.

Y ¿cómo llaman al médico de las enfermedades mentales? Aquí sí es general el error. Se le llama *psiquiatra*, lo cual es un gran disparate, porque el médico en griego, lo mismo antiguo que moder-

no, es *ιατρός*, y, por consiguiente, el médico de las enfermedades mentales ha de ser *psiquiatro* y de ninguna manera *psiquiatra*.

¿De dónde viene *psiquiatra*? En griego se dice *ψυχιατρός*. Probablemente vendrá del francés *psychiatre*. En francés han leído quizá la palabra *psychiatre* y han traducido *psiquiatra*, que se parece más que *psiquiatro* al francés *psychiatre*, pero menos que al griego *ψυχιατρός*.

A *psiquiatra* le ha pasado lo mismo que a *estratego*. *Στρατηγός* se dice en griego, *strategus* dijeron los latinos, *stratego* dijeron los españoles en sus buenos tiempos; pero los franceses dijeron *stratège*, y de ahí nos vino *estratega* en lugar de *estratego*.

Y ya no hay remedio: sea Eisenhower, sea Mac-Arthur, tiene que ser *estratega*. Si dice uno *estratego* se le rien.

Bueno, pues sigan llamando *psiquiatra* al *psiquiatro*, pero al menos no digan *psiquiartra*, *pediartra* o *geriartra*.

Digan como debe decirse: *psiquiatría*, *pediatría*, *geriatría*. Congreso *geriátrico*, campaña *geriátrica*, sin *r* ante la *t*.

4. No «hipógrifo», sino «hipogrifo».

La vida es sueño, de Calderón, empieza así:

«Hipócrifo violento
que corraste parejas con el viento...»

Siempre hemos leído así: *hipógrifo*, esdrújulo. Hace pocos días, un atildado escritor, en un artículo publicado en un periódico, citó el verso de Calderón escribiendo: *hipógrifo*.

¿Tiene razón el gran dramaturgo? ¿Tiene razón el atildado escritor?

El *Diccionario de la Academia*, lo mismo el grande que el *Manual*, dicen, sin embargo: *hipogrifo*, no *hipógrifo*, palabra grave, no esdrújula. ¿Quién tiene razón? ¿Cómo debe escribirse y pronunciarse?

La palabra es grecolatina, o, mejor dicho, es griega que pasó al latín. La pronunciación de las palabras latinas se rige por la cantidad de la penúltima sílaba; si ésta es larga, la palabra es grave; si es breve, la palabra es esdrújula. El vocablo *hipogrifo* es compuesto de

ἵππος, caballo (*hipó-dromo*, *hípico* en español, y de γρόψ, γρυπός, animal fabuloso, cuya *υ* se convierte en *y* en latín, y ésta en *i* en español, y como la *υ* griega tiene cantidad larga, la tiene igual la *y* latina y, por tanto, la *i* española es también larga: debe, pues, escribirse *hipogrifo*, no *hipógrifo*; es decir, el vocablo es grave, no esdrújulo.

Acierta, por tanto, la Academia; desacierta Calderón.

Jungentur jam grypes equis... son los cuatro primeros versos de un hexámetro virgiliano, cuyo tercer pie es *grypes e-*, dáctilo, consta de una primera sílaba larga y dos breves. *Gry* es, pues, larga, y, por tanto, *hipogrifo* es palabra grave.

En esto de las cantidades ha cambiado mucho la Academia, sobre todo en los últimos tiempos.

Bécquer, en una de sus rimas más celebradas, «Cerraron sus ojos», dice:

«La luz que en un vaso
ardía en el suelo
al muro arrojaba
las sombras del lecho;
y entre aquella sombras
veíase a *intérvalos*
dibujarse rígida
la forma del cuerpo».

¿Quién dice ahora *intérvalos*, aunque sea poeta, que necesite un verso de seis sílabas métricas y una asonancia *e-o*?

¿Cómo escribe la Academia? *Intervalo*. La palabra es latina: *intervallum* con la penúltima sílaba larga, *val*, seguida de otra consonante. ¿Tropezó, pues, Gustavo Adolfo? No lo sé. Quizá entonces escribía la Academia *Intérvalo* y después cambió la cantidad, como ha hecho en otras palabras. No puedo comprobarlo, por no tener a mano diccionarios antiguos de la Academia, pero tal vez ahí era académico Bécquer.

No hace mucho decían todos *médula*; la Academia dispuso se quitara el acento y todos o muchos dicen ahora *medula*. Está bien: en latín es *medulla*, con la penúltima sílaba *dul* larga.

Pero de los acentos hay mucho que hablar y lo dejaremos para otro día.

5. ¿Recientísimo?—¿Jovencísimo?

Escribe un distinguido articulista: «Las *recientísimas* declaraciones de Attlee...»

Este barbarismo es muy frecuente en los escritores de hoy: *las recientísimas* declaraciones. *Reciente* viene del latín *recens, recentis*. La *e* breve del adjetivo *recentis* se diptonga en *ie* en español en sílaba acentuada: *reCIENte*, pero si desaparece el acento desaparece el diptongo y reaparece la *e* primitiva. Así, pues, en el superlativo, donde el acento pasa a la tercera sílaba, debe decirse *recentísimo* y no *recientísimo*; de *tierno* debe decirse el superlativo *ternísimo* y no *tiernísimo*, como dicen muchos. Estas finuras y delicadezas de la lengua revelan el cuidado del buen escritor.

Otro disparate muy gordo es el de otro señor que dice: «donde se hallaba su esposa y sus entonces *jovencísimos* hijos». ¿Qué es eso de *jovencísimos*? ¿El superlativo de *joven*? Precisamente ayer me preguntaba un amigo si el superlativo de *joven* es *jovenísimo* o *jovencísimo*. Le dije que *joven* no tiene superlativo, ni *jovenísimo*, ni *jovencísimo*. *Jovenísimo* no dice nadie, pero ahora se ha [introducido el feo vicio de usar el superlativo *jovencísimo*, sin duda por imitación de los diminutivos en *-cito*: *jovencito*, *jovencísimo*; pero ello es altamente reprobable. *Jovencísimo* podía ser el superlativo del latín *juvencus*, «toro joven, ternero», y por extensión *jovencito*: *fortes ad aratra juvenci, toros jóvenes vigorosos para el trabajo*, que dice Virgilio, y el mismo: *formosa juvenca, hermosa ternera*, y Lucrecio, *equus juvencus, joven corcel*. Pero el vocablo *juvencus* no ha pasado al español, y por tanto no puede decirse *jovenco* o *juvenco* con la significación de *toro joven, ternero* o *animal joven*, y *jovencísimo* es un barbarismo. También Plinio el Mayor dijo *juvenca gallina, gallina joven, polluela*, y Ovidio: *Juvenca graja, jovencita griega*. Pero en fin, *jovencísimo, jovencísima*, me parece inadmisibles en español.

6. Nunca es tarde si la dicha es buena.

El señor don Elías Bermejo me escribe lo siguiente:

«En esta pequeña localidad nos reunimos una peña de cuatro amigos, y en vez de hablar del estraperlo, del buen tabaco que nos

proporciona la Arrendataria (que no le falta nada para ser pésimo)...; hablamos de Historia, de Gramática, de Literatura, etc., y así pasamos los ratos de ocio.

Días pasados saltó al palenque el conocido refrán «nunca es tarde si la dicha es buena», y uno de los contertulios echó su cuarto a espadas diciendo: «Ese refrán no me suena bien; a mi juicio, debía decirse: «Nunca es tarde si la dicha llega», alegando que si dicha es sinónimo de felicidad y la felicidad es siempre buena, la dicha debe ser buena, luego, en vez de buena, debe decirse llega.

Esperan mi respuesta y la doy con toda modestia.

Creo, señor Bermejo, que el refrán «Nunca es tarde si la dicha llega», está muy bien, y sé que así se dice en muchas partes. En el Diccionario sólo se lee la forma corriente: «Nunca es tarde si la dicha es buena, refrán que alude a un bien que se ha hecho esperar mucho». Y creo que está muy bien, no obstante, el reparo que pone ese amigo diciendo que *la dicha siempre es buena*.

El vocablo *dicha* es la forma femenina del nominativo del singular o la neutra del nominativo o acusativo del plural del participio *dictus, dicta, dictum*, del verbo latino *dicere*, y del español *dicho, dicha*, del verbo *decir*, de modo que *dicta* significa *la dicha* o *lo que se ha dicho*, y en plural, *las cosas dichas*. Así también *ventura* es participio del verbo *venire* en latín y *venir* en español, y significa *la venidera* o *las cosas que han de venir*.

Dicha, pues, no era sustantivo, sino un adjetivo o participio que después tuvo un cambio semántico o de significación, viniendo a convertirse en un sustantivo: *dicha, felicidad* o *suerte feliz*, y *ventura* igualmente se convirtió en sustantivo, que significa también *felicidad*, y, sin embargo, puede decirse *buena ventura*. ¿Por qué, pues, no ha de poderse decir *dicha buena*, como en el refrán? La *dicha* siempre es *buena*, porque la *dicha mala* es la *desdicha*; pero primitivamente pudo ser *buena* o *mala*, como la *ventura* pudo ser *buena ventura* o *mala ventura* o *desventura*, según hemos visto por la etimología.

Estos cambios semánticos no son raros. Uno de los más típicos se ve en el vocablo *hígado*. ¿Quién diría que en un principio fué adjetivo? Pues así es. Lo mismo el *hígado* español que el *foie* francés, el *fetae* provenzal y catalán, el *fégato* italiano, el *figado* portugués y el *ficat* rumano son el adjetivo latino *ficatum*, que significa *preparado con higos*. En latín *hígado* se dice *jecur*, en griego ἥπαρ, de

donde vienen los términos técnicos médicos *hepático*, *hepatitis*; en sánscrito *yakrt*, y estos tres vocablos *jécur*, *hépar*, *yakrt* son una misma palabra, indoeuropea. ¿Cómo, pues, el *jécur* latino, que en español debía haber dado *vécor*, se perdió y fué sustituido en todas las lenguas neolatinas por el adjetivo *ficatum*, *preparado con higos*? Porque en el imperio romano estuvo de moda el plato culinario *jécur ficatum*, *hígado de ganso cebado con higos*, al cual plato alude Horacio en la sátira VIII del libro segundo: «*Pinguibus et ficis pastum jécur ánsaris albi y de un ánsar blanco el hígado cebado con pingües higos*».

Acabó por suprimirse *jecur* y quedó sólo *ficatum*, que se convirtió en el sustantivo *hígado*.

7. Nortecoreano. Sudcoreano.

Un señor de Valencia me escribe:

«Permítame le pregunte algo sobre lo cual no parece vaya nadie de acuerdo, pues hasta los mismos periódicos son dispares. Trátase de nortecoreanos, nortcoreanos o norcoreanos. ¿Cuál de las tres está bien dicha? ¿Las tres o ninguna?»

Así como se dice *norteamericanos*, y no debe decirse ni dice nadie *nortamericanos* ni *noramericanos*, así debe decirse *nortecoreanos* y no *nortcoreanos* ni *norcoreanos*, como escriben muchos. Como debe decirse *sudcoreanos*, como *sudamericanos* y *sudeslavos*, y no *yugoeslavos*, como dicen todos. *Yug* en eslavo significa *sur* o *sud*. *Sudeslavia* y *sudeslavo* está muy bien, pero *Yugoeslavia* y *yugoeslavo* está muy mal. Aquí no hay tales yugos ni tales carneros.

—Recibo una carta de un señor de Madrid, que me dice:

«Me parece disparatado que se diga y se escriba *sudcoreano*, *sudista*, etc.»

«¿Es que en castellano se dice *SUD*? No, señor; nosotros decimos *SUR* y, por tanto, debemos decir y escribir «*surcoreano*», «*suramericano*», «*surafricano*», que, incluso, resulta más eufónico que no eso de «*SUDamericano*»...»

Voy a contestar a este señor de Madrid a ver si procuro hacerle tragar suavemente el *SUD* sin que se le atragante.

Abramos el Diccionario de la Academia y podremos leer:

«*SUD*. (Del anglosajón *sud*). Sur. Es la forma usada en composición: *SUD*oeste, *SUD*americano».

En el mismo Diccionario se lee *SUDESTE*, *SUDSUDESTE*, *SUDSUDOESTE*..., como podía decir *sudcoreano*, *sudeslavo*... Eso de que «incluso resulta más eufónico suramericano que sudamericano será cuestión de gustos.

Pero vamos a la etimología. Así como son vocablos latinos Septentrion, Mediodía, Oriente y Occidente, son en cambio germánicos Norte, Sud, Este y Oeste. En antiguo alto alemán, *North*, *Suz*, *East*, *West*. De manera que antiguamente se decía en germánico *Suz* y después en alemán moderno se dice *Süd* con *u* francesa, y se dice *Südamericka*, y se dice *Südfrüchte*, y se dice *Südost*, Sudeste, y *Südwest*, Sudoeste, y *Südwind*, viento del Mediodía...

Y en inglés se dice *South* (pronunciado *Sauz*), y *South-American*, Sudamericano, y *South-African*, Sudafricano.

De las lenguas germánicas pasó el *sud* a las neolatinas, y así en francés se dice *Sud*, como en rumano y como en español. En portugués se alteró la consonante final y se dice *sul* por *sud*, pero sin embargo se dice *sudoeste*, no *suloeste*. El portugués ha alterado el vocablo cambiando la *d* final en *l*.

La *r* final es la que no aparece más que en el español *sur*, que se emplea juntamente con *sud*, como ya hemos demostrado antes. El vocablo *sud* es, pues, el legítimo, el originario, y *sur* es un vocablo alterado, como el *sul* portugués. No se dice *sur* en ninguna de las lenguas germánicas, de donde procede nuestro *sud*, ni en ninguna de las lenguas romanas, sino en español, de donde convendría desterrarlo.

EUSTAQUIO ECHAURI.